

Eduardo Blanco-Amor

Alone y su 'Historia personal de la literatura chilena'



l; la aparición de esta historia desencadenó una verdadera guerra civil en las trincheras de papel, de Santiago. Podría decirse que casi nadie, con pluma y donde emplearla, quedó ajeno a la contienda. Intervinieron los comandantes y los furrieles. Hubo disparos por elevación y grandes despliegues tácticos, mas también navajazos esquineros y maniobras de soldados rasos que, vista la importancia del enemigo, sintieron agitárseles en la mochila el bastón de mariscal. El prestigio de "Alone", que es en Chile crítico decano y en todo el área del idioma uno de los más agudos e informados, fué puesto a prueba rudísima.

Bueno, ¿y todo ello por qué? Primeramente, porque "Alone" es crítico severo y casi absoluto —aunque de ningún modo absolutista— y los críticos siempre han tenido mala prensa; y en segundo lugar porque escribió una historia, no importa para el caso que haya sido o no literaria y que sea en sí una magnífica muestra de la más honrada e intensa literatura. Lo que importa es que escribió una historia en Chile y sobre Chile. "La historia es nuestra pasión nacional, una especie de gigantismo..." "Echese una mirada a las letras chilenas y se verán historias, historias, historias". Son palabras de autor. Y como todo chileno que escribe es potencialmente un historiador de su

nación, de sus vecinos o de sí mismo —falta por hacer un ensayo sobre la substancia autobiográfica de gran parte de la literatura chilena— la aparición de obras de este linaje le conmueve de modo directo y punto menos que profesional, como si le atacasen en su oficio más electivo, y le provoca a las reacciones más patéticas. Es inútil, resultó inútil, que Hernán Díaz Arrieta se hubiese parapetado precautoria-mente, limpiamente, tras el adjetivo “personal”, dando a entender sus propias y voluntaria limitaciones. El tifón sobrevino tan desmandado como si no lo hubiese hecho.

Hay en ello, aparte los casos de mala fe vindicativa, un prurito y preciosismo dogmático respecto al concepto de historia. La ortodoxia infusa en el país de los historiadores, funcionó automáticamente contra el hereje presunto, pese a la concesión de principio que el propio autor se atribuyó al señalar sus límites e intenciones. La audacia irrita siempre a los ortodoxos aunque la doctrina, en función y uso, no sea tergiversada. No se olvide que “hereje” quiere decir “el que opina”, o sea, el que se pone a pensar por su cuenta. Y en su historia, “Alone”, como siempre ocurre cuando alguien con talento se pone a pensar por su cuenta, oficia de zapador de mitos y de violador de santos sepulcros, aun cuando la operación iconoclasta consista, las más de las veces, en pasar silencioso donde otros metieron incienso y alharaca. Y ello no es menosprecio ni escándalo sistemático, que “Alone” es todo lo contrario del libelista, sino amor bien administrado. “Si no puedes amar, pasa de largo”, decía Nietzsche. Se trataba de ahorrar las zalemas del tópico tradicional para impartir clamorosos abrazos cuando la ocasión fuese de amor verdadero. Su propio juicio sobre el gran historiador de verdad don Francisco Encina (también historiador “personal” aunque no lo haya escrito al frente de su historia) sirve para definir la envidia y dirección de su propia obra. “A espaldas de la Universidad...” “dirigióse directamente a los lectores y renovó la visión de su país en aspectos fundamentales; destruyó viejos mitos, hizo variar, a veces peligrosamente, el concepto que se tenía de personajes legendarios y supo infundir a su vastísima narra-

ción una vitalidad prodigiosa, avasalladora...” “no sin protestas, a menudo muy enconadas, de los historiadores a la antigua”.

La cuestión, como casi todas las cuestiones, parte de un origen definitorio. ¿Qué es historia? Si se pasa, como en vuelo, sobre las cien parcialidades en que la atomiza, por necesidad técnica, docente, la metodología, vendríamos a quedar, monda y lirondamente, en que es relato. Mas ¿relato desde dónde? ¿Desde los “contenidos”, por otra parte ilusorios, del propio tiempo historiado, de que habla Wörringer, o desde su resonancia personal en el que relata, inmerso, a su vez, en los contenidos de su propio tiempo histórico? La historia como crónica, como enumeración de “hechos” en devenir y fluxión de pura cronología —suponiendo que sea posible esto también— deja horros de significación, respecto a ambas series de contenidos, los mismos hechos que se quiere objetivar. Por otra parte ¿quién garantiza que esa misma objetivación corresponda exactamente a los reales contenidos que los hechos tuvieron dentro de la coetaneidad de que son producto? Y aún así, ¿qué representarían, en autenticidad, para una valoración en perspectiva hacia nosotros? Veamos un ejemplo traído de la historia literaria española. Ningún historiador contiguo a la lírica peninsular del siglo XIX menciona la obra en castellano de Rosalía Castro y en cambio nombran gran poeta a Campoamor todos ellos. Esto, sin duda, resulta auténtico desde los valores establecidos por la coetaneidad. Pero desde los nuestros, sin que lo “historiado” se haya movido de su sitio y sin que nosotros nos movamos de lo que entendemos y *sentimos* como objetividad, el buen burgués rimudo y seudofilosofante es apenas un copleto de lugares comunes, incomparable con la lírica bruma, electrizada de adivinaciones, que envuelve a la cantora gallega. Otros paralelos podrían establecerse entre la delgada y luminosa voz sobreviviente de Bécquer y toda la rimbombancia en torno suyo, apenas salvada del total apagamiento en las casillas de la inevitable cronología escolar.

Cabe, pues —y en cuestiones estéticas lo único que cabe—, un concepto de la historia como “gusto”. Es el camino elegido por “Alo-ne”, el camino de las épocas acanónicas y antiacadémicas en que la

estructura del arte se zafa de los dogmas hacia la libertad. El camino valorativo, apreciativo y crítico trazado por "Alone" para su historia, es una vía hedonística que pasa a través de su persona y de su responsabilidad. Es, principalmente, y nada menos, un testimonio; una tensión, una sensibilidad y una inteligencia de época puestas a valorar la cuantía de un tramo de la historia del espíritu de Chile, manifiesto en el fenómeno literario. Es un relato con estaciones, permanencias y justificaciones, determinadas por el "gusto", no por el tópico, por el consentimiento o por la tradición acrítica, o, cuando mucho, por una tradición crítica que no despierta resonancia auténtica en nuestra coetaneidad valorativa.

Pero aun esto no es nada nuevo, revolucionario, ni mucho menos, herético. No es verdad que "sobre gustos no hay nada escrito". Lo cierto es que la mayor suma de lo escrito por la humanidad, es sobre gustos, precisamente. Lo que ocurre es que cuando el gusto es personal resulta siempre irreverente para quienes parten de un gusto basado en el acatamiento a lo extrapersonal: el canon estético, la justipreciación académica, la fijación tradicional de los valores, los "monstruos sagrados", etc. Es casi un desafío para los que no sobresalen del gusto comunal basado en las afirmaciones de la docencia o de la rutina valorativa. "Ser diferente es ser indecente", decían los puritanos como respuesta al "ser diferente es ser existente" cartesiano.

Los contenidos históricos *sereñados* desde el tiempo que les fué coetáneo pero *enjuiciados* desde el nuestro, es el procedimiento elegido por "Alone", aun para lo más inmediato en el orden cronológico. Terrible esfuerzo de la responsabilidad éste de ponerse a representar el gusto de todo un instante histórico sin ningún respeto supersticioso para los estratos y superposiciones de que ese mismo instante está compuesto... Ponerse a la tarea de revalorar los productos literarios no como inamovibles armatostes de la gloria académica —que por basarse en la "inmortalidad" académica vienen a ser lo más efímero que existe— sino como resonancias vivas en nuestra propia coetaneidad, adiestrada en sus gustos propios existentes por diferentes...

La historia erudita, el cuento y recuento ensañado del papeleo archivado, tienen gran solera y tradición en Chile. Es la coquetería senil de un pueblo terriblemente joven. La historia tiene allí mucho de genealogía viviente, de discusión entre familias y también de velado afán de ingreso en cierta forma de aristocratismo. Viste mucho ingresar en el estamento de los historiadores, en sus círculos y academias. No hay historiadores “plebeyos”, y si algunos intentan el sacro menester, son mirados como incursos en osadía, en entrometimiento o en imprudencia temeraria.

“Alone” que es también aristócrata y académico, al mismo tiempo que antiaristócrata y antiacadémico, se descinó la clámide y la sacudió de polillas a la hora de la verdad, a la hora de escribir su historia. Empezó por desdeñar el camino exhaustivo y agotante —también para los lectores— de la erudición y del presupuesto consentimiento para elegir el ya purificado por la crítica automática del gusto o de la preferencia que no aspiran a razonarse demasiado. En lo exhaustivo-archivero, el bosque no deja ver los árboles. Lo selectivo del gusto, consiste en abrirse paso por la broza, aunque sea por la broza sagrada, para atenerse al perfil y esbeltez de unos cuantos testimonios, que ya se venían viendo desde un mayor horizonte, y dejarles más limpio el aire en torno, más despejado y rezumante su rodapié. Pero el haber elegido este camino no es frustración ni mengua, como algunos han querido hacer ver, sino declarado criterio, pues para algo es historia literaria a través de un crítico en actividad y en función máxima de orientación subsiguiente y de involuntario magisterio. El mismo lo dice al encarar el período clásico: “Hemos resistido a la tentación de desplegar la galería de los imitadores de Ercilla y de los cronistas insignificantes con alguna que otra página sabrosa...” “ni tampoco los poetas festivos del siglo XVIII. Quédense para tratados especiales. Preferimos reservar el espacio para figuras de primer plano”. Consecuentemente, los XVI, XVII y XVIII quedan reducidos a seis nombres y con ello evitado el “gigantismo” con su rebusca y acarreo de minuscualancias, en razón de que, como también en la historia se dice: “El gran peligro que acecha a las historias de estos pequeños países

consiste en crearlas historias de países grandes". Para lo contemporáneo usa el mismo procedimiento. Se zafa del entrevero y presión de lo circunstancial para obtener, hasta donde ello es posible, que no siempre lo es, aquella perspectiva bergsoniana que trueca naturaleza en cultura y que rescatando nuestra complicidad con lo contiguo, nos permite verlo en espectáculo.

De todos modos y sean cualesquiera los oficios y manualidades que le dieron ser, lo cierto es que la historia, de "Alone", resulta, para los que la vemos desde más amplia perspectiva, un libro escrito a lo grande, desentendido de acumulaciones, de presiones vecinales y de compromisos nacionalistas. Es decir, un libro rigurosamente apto para desagradar a los historiadores que practican la acumulación, la presión y el compromiso.

No suele escribirse así, desgraciadamente, en nuestra América, tan sofocada de autosatisfacciones acríicas y de afirmaciones meramente apoyadas en lo que se entiende por "decoro nacional". Y somos muchos los que creemos que nuestra América ya está en un grado de madurez suficiente como para no seguir confundiendo las sombras con los bultos, la realidad de nuestros propios contenidos con sus espectros convencionales y con sus gesticulaciones retóricas. Por ser ésta, aun siendo tan entrañablemente personal —pues el "gusto" es lo más entrañable del hombre— una historia hacia afuera, empieza por abrirse paso hasta el más vivo interés de quienes nos hallamos al margen del prejuicio local, ajenos a la conjura. Sus valores no tienden al regodeo y aprobación de lo consabido —lo consabido es lo sabido sin la intervención del criterio— sino a la visión nueva y a veces dolorosa, y una nueva ordenación que trabaja con un instrumental a escalas universales y que quiere situar "lo nacional" no al nivel de la nación misma sino a la altura y riesgo de la general confrontación. Y esto no sólo es nacionalismo sino que lo es de la mejor clase y tal vez el único que corresponde al estado de nuestra madurez reflexiva, tan desviada y desfigurada por lo que sigue siendo *el lenguaje oficial* de la cultura manejado por rutinarios, cuando no por epigonos interesados o por amanuenses solemnes, que continúan prefiriendo la autopsia

a la vivisección, el manoseo sobre lo muerto al doloroso trabajo sobre lo vital.

“Alone” eligió este camino aspérrimo, seguido valientemente hasta el cogollo y entresijo de sus propios contemporáneos, de esos mismos a quienes tiene que encontrarse en la calle a cada momento del día.

Sin duda hay en su obra omisiones poco explicables: la de Nicomedes Guzmán, pongamos por caso. El mismo autor habló de sus olvidos, que no pretericiones calculadas. En cambio, la mayor parte de los “silencios” que se le achacan como delitos, constituyen uno de los méritos de la obra. Una historia, por muy contemporánea que sea, es ya una fijación basada en las garantías del que escribe. No hay para que traer a ella el fárrago y turbamulta de la enumeración periodística o *comprometida*. No es una crónica social, que es el modo en que, muchas veces, se entiende la historia en Chile. Es un testimonio. Y, en este caso, el testimonio de un altísimo crítico que refleja el gusto de su tiempo respecto del pasado y también de lo que aún se halla en estado experimental y fermentativo.

No tengo espacio para penetrar, con el indispensable detalle, en los pormenores del libro tan útil, singular y valiente. Los escolios que con razón y sin ella puedan hacerse desde un punto de vista historiográfico, en nada disminuyen la estupenda calidad de sus valores literarios. Páginas como las que dedica a Ercilla, Oña, P. Ovalle, Camilo Henríquez, Lastarria, etc., y muchísimas de las que componen el vasto orden alfabético en que incluye a los contemporáneos, son en sí páginas de antología en el mejor sentido de la palabra, históricas en sí mismas. La hondura, el equilibrio, la decisión y, por veces, el más penetrante humor, son algunos de sus factores.

La “Historia personal de la literatura chilena”, de “Alone”, es además y entre otras muchas cosas, un ámbito de claro y vibrante espíritu que se abre entre la cejijuntez y la solemnidad —esas dos cosas tan sombrías— en que consiste el modo habitual de historiador entre nosotros. Más que la obra de un historiador es, naturalmente, la obra de un gran escritor que se ha puesto a hacer historia. Quede dicho en su elogio y en el de su libro.